

bién en esta exposición se confunden lamentablemente estas dos direcciones opuestas del arte más actual.

El ejemplo más útil que debemos presentar está en el citado Antúnez. De sus tres obras expuestas, dos son abstractas y la tercera es una visión plenamente real de la naturaleza. En *Bosque petrificado* nadie puede ver otra cosa que una deliciosa armonía decorativa de planos coloreados y de líneas. Igual se puede decir del envío de la señorita Rivadeneyra.

Las imágenes de Braulio Arenas y de Jorge Cáceres recuerdan en forma excesivamente ostensible al maestro común Max Ernst. *El monumento a los pájaros* y otras obras con aire de estampas de «física recreativa» rememoran el *surrealisme* de la primera época (el de *La bella jardinera* y los «sueños-objetos» y «poemas-objetos») que solía confundirse con el dadaísmo. Después el extraordinario Dalí ha puesto un poco de orden en el maremagnum de esta escuela.

Ningún movimiento artístico, por desorbitado que parezca a quienes no saben salir del camino angosto que se trazaron, se realiza en vano. Asustarse del superrealismo, condenarlo o, peor, desconocerlo con cierto gesto desdeñoso no es prueba de amplitud comprensiva. Por lo demás estas actitudes no llegarán a borrarlo de la realidad. El hecho de su existencia es innegable y como todos los movimientos anteriores, romanticismo, realismo, impresionismo, cubismo, etc., no por haber sido combatidos por el dogmatismo beato de cada época han dejado de aportar al arte valiosos elementos entre la ganga contenida.

Por eso mismo esta modesta exposición, ignorada o combatida por la crítica oficialista, debe ser bien recibida.

Exposición Larraín Peró

En la Galería Eyzaguirre ha expuesto sus obras el pintor chileno Hernán Larraín Peró. Se trata de un artista que ha pasado sus años de aprendizaje en Francia. De la capital fran-

cesa trae una manera estilística que fluctúa entre el llamado arte del *Salón oficial* y el de los pintores independientes. Larraín Peró admira al gran paisajista André Derain y esta admiración no se resuelve en una similitud técnica sino en una especial fraternidad espiritual que atañe más bien al lirismo de ciertas obras y a determinadas alusiones místicas que en el francés se dan con mayor fuerza.

Más patente hállase en estas telas la huella de Eugène Delacroix. A través del autor de *La barricada* Hernán Larraín llega hasta Rubens. El flamenco le ha dado, junto a su colorido ampuloso y sensual el gusto por las grandes composiciones polifónicas, la reiteración de los motivos mitológicos y los temas de caballos y cacerías.

Larraín es, naturalmente, un espíritu de hoy, es decir, su pintura tiene la contención y la medida que no tenía aquel maestro. El arte actual se ha hecho más íntimo y más individual. Importa más la expresión de nuestra propia conciencia emocional que despersonalizar la obra en la busca de una extensa comprensión colectiva, como ocurría con el mismo Rubens. Quiere ello decir que Larraín Peró sabe ser moderno. Y así cuando pinta una crucifixión le importa menos la anécdota y la atmósfera teatral característica que la captación de una profunda expresión sentimental. Por eso viste a los personajes con indumentos de ahora; en definitiva era esto lo que hacían los renacentistas. Pero, a más, nuestro pintor cambia brusca-mente su «manera» y recurre a los *fauves*. Los tonos dramáticos y las estrías atormentadas de esos pintores le permiten mostrarse plenamente expresionista.

El contacto con la tierra vernacular parece haber impregnado de vigor y de fuerza su pintura. Sus composiciones mitológicas, como *El juicio de Paris* y *Baco* están ausentes de toda adjetivación espiritual. Son esbozos trazados con un pincel ligero y pimpante que están pidiendo su realización en grandes murales. Buscan nada más que la impresión decorativa. Pero al en-

frentarse el pintor a las tierras suyas, tierras de tanta fuerza cósmica, entonces su emoción creadora se desborda y las telas tienen algo más que colores y líneas. Así sucede en los paisajes del altiplano. Larraín los ha captado con la plenitud de su talento pictórico. En estas atormentadas y dramáticas visiones de la naturaleza su espíritu se solidariza con el motivo como en una extraña fusión racial. El cielo es inmenso, es el cuadro en su totalidad. La mancha siena de los edificios dan la escala de aquel ingente paisaje lunar y parecen aplastados por el peso del cielo. El hombre no es aquí nada. En las dos manchas del cuadro, menguada armonía dual de rojo y azul, el hombre desaparece para dar mayor grandeza desolada al paisaje. Larraín ha sabido captar esta grandeza con sus ojos, en los que tal vez hubo un cierto atavismo cuando miraron hacia adelante para domeñar la luz del altiplano.

Un paisaje de Córdoba es también una admirable circunstanciación con la naturaleza.

En sus retratos libres hay dos visiones graciosas y bien logradas de dos cabezas infantiles. Del novelista Mariano Latorre expone un esbozo afortunado de parecido y muy dentro de la entonación psicológica del gran escritor chileno. En otros retratos parece haber llegado a lamentables, pero necesarias concesiones. Señalemos también la admirable *Naturaleza muerta*.

Es Larraín Perú un pintor a quien su inquietud artística y su conocimiento de los clásicos no impide una expresión muy personal.

Un libro sobre Eduardo Manet

Julio Rinaldini, el crítico argentino de arte, acaba de publicar un bello libro sobre el maestro francés Eduardo Manet. La obra, no por su brevedad deja de ser aleccionadora sobre lo perecedero y frívolo de ciertos juicios emitidos con despreocu-